

rarquía hasta alcanzar, en una dramática decisión cardenalicia, el supremo mando de la iglesia.

Con el nombre de Juan Pablo II ascendió al Papado aquel jovencito proveniente de las filas de los obreros polacos, de maneras sencillas, de lenguaje claro y directo y de pensamiento abierto no a las cuestiones sociales y humanas en general, en abstracto, sino a los problemas lacerantes del mundo actual, a los problemas sociales de las grandes masas humanas de África, de Asia, de América Latina.

Se le quiere y se le respeta. Sobre todo en México, donde su presencia y su mensaje dejaron huella profunda en las mentes más lúcidas del país. Además de sus mensajes llamados *pastorales*, el Papa abordó temas de orden económico y político de suprema importancia para todos los mexicanos.

Con su discurso del Palacio de Minería de la ciudad de México, dirigido a intelectuales sin distinción de credo, el Papa, con la clarividencia que debe serle reconocida, puso en guardia a la nación contra los efectos destructores de la teoría modernista entonces en boga fundada en la práctica de neoliberalismo económico y social. Recomendó el Papa dejar de lado toda teoría utilitarista que, por su propia naturaleza, tarde o temprano conducirían al desastre, y alimentar nuestro propio desarrollo económico, social y cultural con los jugos de las viejas raíces de nuestra cultura nacional. Ustedes, dijo en sustancia el Papa, tienen en sus manos todo lo que se necesita para ser felices; no abandonen su camino ni cambien los frutos de su destino por oropeles. Muy pronto la realidad mundial demostró la verdad de las palabras del Papa: crisis internacional y desastre de las economías neoliberales.

Quien recuerde estas palabras pontificias está preparado para entender lo que ahora ocurre con la economía, con lo social, con lo político y cultural en Polonia, la

tierra natal del Papa, donde empiezan a aflorar formas nuevas de convivencia interna de la Nación. Polonia es, obviamente, el modelo del pensamiento del Papa llevado a la realidad.

Nosotros, lo mexicanos, estamos muy lejos del neohumanismo predicado por el Papa. Y no solo estamos lejos del pensamiento social y político del Papa todos aquellos que, por diversas razones, ocupamos nuestra atención en otros temas y menesteres. Está lejos, y muy lejos, de ese pensamiento, la jerarquía católica mexicana, tal vez porque tiene en mente perfeccionar el actual sistema social con su ingreso a las filas de la burocracia de medio pelo, la de los alcaldes y diputados.

El Papa Juan Pablo II sufre de un padecimiento grave, de índole mortal. Padece y sufre en silencio, con humildad, como ha sido propio, siempre, de su condición humana. Sin embargo, el Papa no ha merecido una oración por el retorno de su salud por parte de la jerarquía católica de México.

Jueves 13 de agosto de 1992.

¡Recuérdense...!

La mañana del día 16 de septiembre de 1810 el cura Hidalgo proclamó la Independencia de México en el pequeño pueblo de Dolores, Guanajuato. Se inició una lucha cruenta y, al cabo de once años, la independencia del país fue lograda en los Tratados de Córdoba firmados por Iturbide y Juan O'Donohú. México quedó liberado de la dominación española y dueño legítimo de su territorio y riquezas naturales. Día glorioso aquel 16 de septiembre.

Apenas 37 años más tarde, el ejército de los Estados Unidos acampaba en el zócalo de la ciudad de México. La guerra desatada contra nuestro país (1847) con pretexto de fijar con México las fronteras de su anexo estado de Texas había concluido en su fase militar. El 13 de septiembre los norteamericanos habían tomado por asalto el Castillo de Chapultepec y, tres días después, el 16 de septiembre, ondeaba sobre el palacio nacional de México la bandera de los Estados Unidos. Día de luto nacional ese 16 de septiembre. Porque lo de las fronteras de Texas fue solo el pretexto. Al mismo tiempo que las tropas norteamericanas invadían el territorio de México por Matamoros y Veracruz lo hacían en Nuevo México y California. La mitad del territorio nacional estaba bajo el dominio de las fuerzas militares de los Estados Unidos, así como la Capital de la República. Así perdió México aquel territorio.

Sesenta y siete años después (1914) el ejército norteamericano estaba en Veracruz. Con un pretexto en extremo banal, los norteamericanos bombardearon y tomaron el puerto con el sacrificio de más de mil vidas, entre mexicanos e invasores. El 16 de septiembre de aquel año la bandera de los Estados Unidos ondeaba en lo alto del palacio municipal de Veracruz. La razón real de la invasión era lograr que alguno de los contendientes, Huerta o Carranza, dieran plenas seguridades de que los bienes de los norteamericanos en México (petróleo, minas, haciendas) no serían tocados como consecuencia de la Revolución.

Los soldados norteamericanos permanecieron en Veracruz a pesar de las instancias del secretario de Estado, William J. Bryan, ante el presidente Wilson, para que continuasen su marcha hasta la capital mexicana.

El proyecto de Bryan quedó, en aquel tiempo, sin efecto.

Unos años antes este mismo personaje había dicho:

Antes de veinte años los Estados Unidos se habrán tragado a México. La absorción de ese país por el nuestro es necesaria e inevitable, por razones tanto económicas como políticas. Se efectuará de una manera natural y pacífica y significará la perfección de nuestro redondeamiento nacional... Para empezar, la absorción de México ha principiado ya en el sentido comercial... Cuando México necesita algo que él no produce, nos lo compra a nosotros por regla general... A nuestra vez compramos en México cantidades enormes de productos tropicales que no podemos obtener aquí porque el sol no tiene en nuestras latitudes el calor necesario. Y esta es precisamente la clave de la situación. Lo único que nos falta para nuestra perfección comercial es territorio tropical contiguo... Obvias son, pues, las ventajas que obtendríamos de la absorción del rico y maravilloso país situado al sur del Río Grande. Como provincia tropical de los Estados Unidos, México se desarrollaría rápidamente y en gran escala. Invertiríamos nuestro capital por centenares de millones de pesos en aquel territorio que se vería pronto completamente americanizado... Basta una ojeada al mapa de América del Norte para comprender que México forma parte geográficamente y por otros conceptos un todo con los Estados Unidos. Sus ferrocarriles que enlazan todos sus puertos y ciudades importantes son en realidad una expansión de nuestra red ferroviaria... ¡Hermosa provincia tropical, en verdad, para adquirirla para nosotros!... Por razones geográficas y climatológicas, México es el complemento natural de nuestra República. Ambos pueblos deberán ser uno solo, políticamente. En realidad, ese es su destino inevitable y, en mi opinión, el cumplimiento de ese destino no puede aplazarse largo tiempo.

(Citado por Isidro Fabela. Historia Diplomática de la Revolución Mexicana. Fondo de Cultura Económica).

Ayer fue 16 de septiembre.

¿Tenemos algún pendiente con los Estados Unidos que permita pensar que está en desarrollo el plan de William J. Bryan?

Jueves 17 de septiembre de 1992.

Los grandes problemas de estos días

Da grima, como decían los españoles que escribían sobre política en los años veinte, ver la indiferencia, o, si acaso, el muy pobre interés con que los hombres de ideas han recibido la información de lo sucedido en Francia el domingo pasado.

No es que se ignore el hecho de que el pueblo francés votó, en plebiscito general, por la unificación política, económica y militar de Europa, ya que los medios de información de todo el mundo se ocuparon de ese acontecimiento, y de sus posibles consecuencias, desde varias semanas antes de que ocurriera. Se trata, entonces, sin duda, de una notoria despreocupación por los asuntos políticos de gran magnitud que, si bien aparecen muy lejanos de nuestras propias vidas, son, de todos modos, responsables de las variaciones que sufra, en breve tiempo, nuestra existencia como hombres, como sociedad y como nación.

El voto del pueblo francés adhiriéndose al propósito de formar los Estados Unidos traerá, inevitablemente, consecuencias que por lo menos hasta este momento no se han advertido en toda su profunda significación. Y esto no tiene excusa. Porque de antemano se sabía que

las bases de la propuesta unificación europea (aparte del mercado común y del parlamento multinacional ya constituidos) eran, y ahora lo son, las de crear la ciudadanía única europea, una política exterior común, un sistema militar unificado y una moneda única para toda Europa. Además, la creación del Banco Central europeo que será el único emisor de la moneda común y el conductor de las relaciones monetarias de Europa con el exterior.

Y si alguien recuerda que la sola puesta en marcha de su mercado común, hará unos doce años, permitió a los europeos ir llenando entre ellos, con su propia producción, los huecos de sus economías nacionales, recordará también que este proceso produjo consecuencias progresivas en las economías de los proveedores externos de Europa, como Estados Unidos y Japón quienes, progresivamente también, entraron en un declive que poco a poco fue tomando velocidad hasta llegar a la crisis actual en que se encuentran hundidos ambas naciones.

La moneda única europea que se propone viene a perfeccionar el sistema de mercado común. Porque las monedas europeas, aisladas, una para cada nación, como existen ahora, bailotean frecuentemente no solo por la causa de la competencia interna, en el mercado común, sino por la competencia externa, en el campo internacional, principalmente con Estados Unidos y el Japón. Esta inestabilidad que a veces adquiere aspectos dramáticos, como los que estamos presenciando en estos días, tiene consecuencias desagradables en los precios y en el mercado de productos. La moneda única ya no será la moneda de una nación, sino la de toda Europa y estará respaldada por la potencia productiva de todo el Continente.

La moneda norteamericana, el dólar, se beneficiaba y aún hoy se beneficia, de la existencia de una variedad de monedas europeas. Tanto en el comercio de

productos en la misma Europa, como en el de servicios, el dólar participaba indispensablemente como común denominador en toda clase de transacciones. Para comprar productos alemanes o hacer turismo en Alemania, los franceses deben, primero, cambiar sus francos por dólares, y , después, estos dólares por marcos; o a la inversa. Y lo mismo los italianos con los holandeses o con cualesquiera otros. El dólar es el parámetro monetario al que necesariamente debe recurrirse. La moneda única europea acabará con esta triangulación y eliminará el dólar de la economía europea. El mercado común y la moneda única convertirán a Europa, velis nolis, en una entidad autónoma, autosuficiente y autodeterminada. Esto en el terreno de la economía.

Porque quedan por verse los efectos de las otras bases de la unificación europea que fueron votadas afirmativamente en el plebiscito general del domingo pasado. Por lo pronto, debe pensarse ya, desde ahora, lo que ocurrirá con la ONU, que es una organización integrada por Estados Individuales, cuando Europa empiece a actuar con una política exterior unificada: Y debe pensarse ya, también, en lo que ocurrirá con la OTAN cuando Europa ponga en marcha su proyecto de un sistema militar unificado.

¿Qué ocurrirá, entonces, con la economía interior de los Estados Unidos y con su influencia política y militar en el campo internacional? ¿Y qué pasará en México, ligado a la suerte de Estados Unidos con un Tratado de Libre Comercio?.

Pero esto se verá después.

Jueves 24 de septiembre de 1992.

El dólar, el peso y el secretario Aspe

Hay evidente inquietud en todas aquellas personas que reciben ingreso a cambio de su trabajo.

Se trata de profesionistas al servicio del gobierno, de burócratas de tarjeta donde se marca la hora de entrada y salida, de obreros, y, además, de amas de casa y otras de igual condición, por los constantes rumores de una desvalorización del peso mexicano ante el dólar.

La razón de tal inquietud es sencilla. En la medida en que baja el valor de la moneda nacional, sube, invariablemente, como inevitable consecuencia, el nivel de los precios de primera y segunda necesidad. Este fenómeno puede ser discutido, y, repetimos, discutido, en el campo de la teoría económica; pero es absolutamente indiscutible de acuerdo con la experiencia obtenida en cada una de las frecuentes devaluaciones que ha sufrido el peso con anterioridad. Lo que demuestra que, en economía, una cosa es la teoría y otra distinta la realidad.

La inquietud ha ido acentuándose conforme pasan los días. Y no es que la clase de personas que mencionamos en el párrafo segundo dediquen su atención cotidiana a vigilar, porque, hablando en términos generales, la mayor proporción de esa gente no entiende gran cosa de problemas monetarios. La inquietud proviene más bien de la información diaria y constante que proporcionan los medios de difusión masiva, especialmente la televisión en sus imprescindibles noticieros. Unas veces se afirma, ahí, que el dólar ha subido de precio en los mercados internacionales y, otras, que esa misma moneda ha bajado de categoría frente a la divisa japonesa o alemana. Y sobre ese telón de fondo, a todas luces confuso porque no se explican las causas del suceso, se informa, igualmente, que el dólar ha bajado o subido de precio ante el peso mexicano. Esta información se proporciona diariamente; pero no aislada, sino acompañada de la que

se refiere a los tejemanejes en la Bolsa de Valores de México en virtud de los cuales el valor de las acciones de las empresas que el auditorio de la televisión tiene en más estima suben y bajan, como si formaran parte integrante de la danza de las monedas.

Y no es esto sólo. En el mercado de consumo de primer piso, donde se venden los jitomates, la carne y los frijoles, el burócrata y sus semejantes asalariados asisten también a ver cómo los precios de esos productos cambian su etiqueta hacia el alza sin que haya poder alguno que lo impida.

La inquietud de la gente está, pues, bien justificada. La semana pasada el secretario de hacienda, señor Aspe, advirtió desde su habitual refugio palaciego esta nerviosidad generalizada y compareció en alguna de esas reuniones, organizadas para el efecto, asegurando que el peso no sería devaluado y que su paridad con el dólar seguiría siendo la misma de estos días.

El secretario Aspe se limitó a decir que la referida paridad no sería cambiada por decreto oficial, es decir, que el gobierno seguiría siendo ajeno a la suerte de la moneda en el mercado libre de divisas. Y, como era de esperarse, las palabras del señor Secretario produjeron el efecto tranquilizador deseado en el ánimo de los ciudadanos menos inquietos.

Porque la mayoría piensa que la devaluación no ocurrirá por decisión del gobierno. En las circunstancias en que se encuentra la nación, como nación deudora, esto sería un suicidio. Lo que teme la mayoría es el colapso que pueda sufrir la moneda, ya sea el dólar o ya sea el peso, en el juego libre de las divisas. Y, como lenta, pero inexorablemente, los precios siguen subiendo, la inquietud subsiste.

Lunes 5 de octubre de 1992.

México, 1910; URSS, 1917

Este mes cumplen años dos acontecimientos que no podrán ser borrados jamás de la Historia Universal.

Uno de ellos es el movimiento revolucionario mexicano iniciado el 20 de Noviembre de 1910, y, el otro, el estallido de la revolución socialista el 7 del mismo mes, pero en 1917, en el vastísimo territorio multinacional gobernado por los zares rusos.

Ambas revoluciones conmovieron hasta las entrañas la conciencia del mundo. La de México, porque ofreció el espectáculo sangriento de un pueblo que después de haber sufrido durante treinta años el rigor de una tiranía que sólo en la capital de la República aparecía con tintes de civilizada, tomó las armas y echó por tierra, al final, el sistema feudal imperante en la nación e inauguró la época del humanismo mexicano que lo distingue de las otras naciones del continente. La rusa fue una revolución aún más impresionante y trascendental porque alcanzó mayor profundidad que la mexicana. Eliminó los valores sociales consagrados en dos mil años de historia del mundo occidental y los sustituyó por otros donde lo humano, como condición de lo social, debería ser la raíz de una nueva valoración. De ahí que, si la revolución mexicana tenía alcances puramente locales, la rusa era como antes lo fueron la inglesa y la francesa, la señal y punto de partida de una revolución mundial.

Tanto el movimiento revolucionario mexicano como el ruso ejercieron influencia determinante en las áreas donde propagaron sus nuevos valores. Durante más de medio siglo el México salido de la revolución fue foco de atracción, así como el faro de refugio, de las mejores inteligencias de América Latina. Se extendió por el continente la influencia de su arte, de su filosofía, de su renovado sentido de la vida. Su Universidad Nacional fue abrevadero nutricional de cientos de jóvenes latinoame-

ricanos que después fueron los hombres guías de sus propias naciones. En todos ellos bullía el espíritu de nuestra revolución.

La revolución rusa fue más allá. Atrajo, por un movimiento impetuoso de ósmosis fraternal, la atención y la voluntad de grandes masas humanas fuera de Rusia, de intelectuales y artistas que vieron en el fenómeno socialista el anuncio de un nuevo Renacimiento, de una etapa histórica nueva en el camino de la humanidad. Asediada, bloqueada, invadida militarmente y destruidos sus logros en la segunda guerra mundial, la nación soviética no sólo resistió con éxito semejantes agresiones sino emergió en el tiempo como la segunda potencia industrial y militar del mundo gracias a la pureza del sistema socialista.

Pero todas las revoluciones cumplen sus fines al crear y dejar establecidos estructuras sociales y sistemas políticos nuevos. Si estas estructuras y sistemas políticos corresponden o no a los ideales de los iniciadores de la revolución es una historia distinta.

La Revolución Mexicana empezó a convertirse en sistema a partir del gobierno de Díaz Ordaz. Con López Mateos desapareció el último presidente humanista de México. La revolución rusa se convirtió en sistema a partir de la muerte de Stalin. Para bien o para mal, el gobierno de Stalin conservó al hombre ruso como centro y horizonte de su política nacional, por brutal que ésta haya sido. El proceso, como tal, de la revolución rusa, concluyó con la muerte de Stalin. Después, todo se volvió administración pública. Y esta administración resulta, como se ve ahora en Rusia, por ignorancia o estupidez, mucho peor en sus efectos sociales que los llamados crímenes de Stalin.

Lunes 9 de noviembre de 1992.



Juan Manuel Elizondo en la tribuna de la Cámara de Diputados.